

LA REPRESIÓN FIEL DE DIOS AL PUEBLO DE SU PACTO

Oh, Dios, te ruego que avives mi corazón y no me permitas tolerar aquellas cosas que te ofenden. Me he acostumbrado a mi superficialidad; repréndeme, Señor, y hazme abandonar mi conducta pecadora, de modo que te complazca con mi vida. No me interesa complacer al mundo que me rodea, sino a Cristo que vive en mí. Me entrego al escrutinio de tu bendita Palabra y acepto tus juicios, para seguir avanzando por el camino recto y estrecho. En el nombre de Jesús, amén.

Malaquías, que profetizó justo después del regreso de Israel del exilio, definió así su mensaje al pueblo de Dios: “Profecía de la palabra de Jehová contra Israel, por medio de Malaquías” (Mal. 1:1). El exilio había sido un juicio por el pecado del pueblo, y ahora volvían a estar sumidos en él. El mensaje de Malaquías para ellos debía ser, como dicen algunas versiones, una “carga”. Estoy seguro de que, cuando pronunció esas palabras, su corazón se rompía al ver el estado de su propio pueblo.

La condición de Israel en aquel tiempo es un reflejo del cristianismo general de nuestros tiempos. Podemos jactarnos de nuestras liberaciones en el pasado. Podemos celebrar nuestra “libertad en Cristo”. Pero nos enfrentamos a la condición idéntica que reclamó la liberación divina de nuestros antepasados:

celebramos la victoria mientras olvidamos el camino largo y desgarrador que condujo a esa victoria.

Cuando examinamos la historia, una de las conclusiones más amargas que podemos sacar en el campo de la religión es que la historia solo nos enseña que no nos enseña nada. La generación presente no ha aprendido de la generación pasada, y es improbable que la generación futura aprenda nada de la presente. Este es un comentario deplorable sobre una generación que dispone de más tecnología y recursos a su disposición que cualquier otra generación anterior. En la historia no hay un solo hecho o suceso sobre el que hoy no podamos informarnos. Para Dios debe ser exasperante, por decirlo en términos humanos, ver a su pueblo sumido en semejante círculo vicioso reiterativo.

Muchos conceden un gran valor a la experiencia, pero las experiencias no valen nada a menos que nos entreguemos por completo a Dios. De hecho, podríamos decir que nada tiene valor a menos que hayamos llegado al punto de entregarnos a Dios. Gracias a nuestra entrega es cuando Dios puede empezar a usarnos y a bendecirnos. Hasta que nos entreguemos, nuestro valor es bastante cuestionable.

¿De qué nos sirve la experiencia si no nos conduce a Dios? Aquí radica el potencial para una gran tragedia. Pensemos en la tragedia del sufrimiento desperdiciado. Una persona atraviesa un sufrimiento terrible y llega al otro lado vacía y sin haber aprendido nada. Lo mismo sucede con el dolor. ¿De qué sirve pasar por una experiencia dolorosa si no nos hace ser mejores?

A veces evaluamos una experiencia en función de lo que una persona ha sufrido, pero Dios valora la experiencia en la medida en que nos acerca a Él. Debo señalar que muchas veces la religión se interpone entre nuestra experiencia y nuestro encuentro con Dios. Sea cual fuere la causa, toda experiencia que no incluya un encuentro personal con Dios o concluya con este no tiene valor.

En muchas ocasiones, una persona pasará por una experiencia, perderá algo y tendrá que empezar desde cero, sin haber cambiado en absoluto.

La victoria solo lo es de verdad cuando nos permite conquistar aquello que nos hizo caer. La persona puede recuperarse de una tragedia, pero si lo único que hace es volver a empezar de nuevo, está condenada a repetir la tragedia hasta el infinito.

¿Qué significa ser “un pueblo del pacto”?

Como cristianos, le damos mucha importancia al concepto del pacto. Dios ha establecido un pacto con nosotros. Nos gusta pensar en nosotros como el pueblo del pacto. Mantenemos una relación con Dios que no puede romper nada ni nadie que no sea Dios. Comprensiblemente, en esta relación de pacto encontramos mucho consuelo, satisfacción y seguridad.

Lo que suele pasarse por alto a menudo en esta relación de pacto es que Dios no dejará que un pueblo con esta relación pase mucho tiempo sin reprensión. Dentro de una relación de pacto, las interacciones no son todas positivas. ¡Gracias a Dios por los elementos positivos asociados con mi relación de pacto con Él! Pero junto con esos elementos tenemos otros que, a menudo, la generación actual de cristianos pasa por alto.

Sí, Dios nos anima, nos bendice y nos ofrece una rica provisión. Sin embargo, Dios no cierra los ojos ante los peligros que amenazan al pueblo de su pacto, incluyendo aquellos que nacen de nuestra conducta. Nos reprende en el presente para que podamos eludir su juicio al final. Aquellos a quienes no reprende acabarán enfrentándose a la ira de su juicio.

Como mantengo una relación de pacto con Dios, estoy sujeto a su examen, que es lo más amoroso que puede hacer por nosotros nuestro Padre celestial. “El Señor al que ama, disciplina” (He. 12:6).

Cuando en el mundo que nos rodea sucede una tragedia a gran escala, muchas personas dan por hecho de inmediato que es un juicio de Dios contra el mundo incrédulo. En parte esto es cierto, pero debo recordarte lo que nos dicen las Escrituras. La Biblia nos dice que el juicio empieza por la casa de Dios. Dios se ocupa primero del pueblo de su pacto. El acto más amoroso de Dios puede ser reprendernos y apartarnos de la tragedia del pecado.

Es natural que busquemos consuelo, incluso cuando nos hemos merecido el juicio. Algunas personas dicen que lo único que quieren es lo que merecen. Yo tengo claro que no quiero lo que merezco. Sé que, por mí solo, lo único que merezco es el infierno. El amor de Dios es el que me reprende de tal manera que me aparto del camino que conduce al fuego del infierno y a la condenación. No quiero lo que merezco; quiero descansar en la misericordia de Dios. El aspecto más amoroso de la misericordia de Dios es su fidelidad al reprenderme por mis malos caminos.

Dado que formo parte del pueblo de Dios del pacto, Él me advierte, me reprende y me expone las maldades insospechadas que cometo y que me conmocionan. En la búsqueda de nuestra santidad, Dios no deja una piedra por remover. Dios trabaja en mi vida, desarraigando todo aquello que le ofende. Ignorar la reprobación de Dios e intentar engañarle para que nos consuele es una necesidad. Dios no puede aceptar el pecado en ningún grado. Las cosas que hay en nosotros y que son contrarias a su santa naturaleza serán reprendidas y juzgadas por su atención misericordiosa.

Por toda la cristiandad nos jactamos de formar parte de un pacto. Buscamos anhelantes la garantía de que hacemos lo correcto, pero la verdad es que hemos pecado contra la luz manifestada. Esta es la tragedia de nuestra situación: no que vayamos tropezando en la oscuridad, sino que lo hacemos aun teniendo que ser hijos de la luz. La atrocidad de nuestra situación consiste en que nos rebelamos contra la luz divina.

El juicio en nuestra generación

En la iglesia estadounidense contemporánea hemos tolerado la injusticia y el crimen debido a nuestra debilidad. Toleramos el pecado al excusarlo e incluso restarle importancia. Cada asesino impune de nuestro país debe pagar con su sangre. Toda injusticia debe corregirse. La justicia de Dios lo exige.

A veces pensamos que Estados Unidos es una nación justa y recta. Lo único que tiene que hacer una persona para contradecir esto es echar un vistazo alrededor y contemplar nuestra cultura y nuestra sociedad mediante los prismáticos de la Palabra de Dios. Si lo que vemos en nuestro mundo no armoniza con lo que vemos en la Palabra, vamos directos al juicio. Este juicio, como ya he dicho, empieza por la casa del Señor.

Si observamos la iglesia y lo que esta hace en la sociedad contemporánea y luego lo comparamos con lo que vemos en la Palabra viva de Dios y, al hacerlo, detectamos incoherencias, el juicio ha de llegar. Entonces la elección es nuestra. Podemos juzgarnos y resolver las iniquidades en nuestra comunidad o Dios enviará un juicio contra nosotros. Sin duda que no quiero juzgar a nadie, pero me parece que buena parte de la cristiandad estadounidense se encuentra bajo el juicio de Dios.

La funesta señal de esto es que nuestros líderes no manifiestan la disposición de arrepentirse por el pecado. Regularmente oímos de pecados en la iglesia, sobre todo entre los líderes de alto nivel, y en su mayor parte esos pecados no se juzgan ni condenan; más bien se excusan. Parece que nadie lamenta su pecado. Puede que lamenten que los hayan descubierto, pero eso no provoca un cambio de vida.

Es fácil señalar el pecado en otros, criticarlo y condenar a quien lo comete. Pero nuestra evaluación debe empezar por nosotros mismos: *¿Qué hay en mí que deba reprender la Palabra de*

Dios? Parece que por ahí ronda muchas ganas de culpar, pero muy poco arrepentimiento.

En todo el mundo vemos los juicios de Dios sobre este. La guerra es el azote actual de Dios sobre las naciones. ¿Dónde encontrar un lugar del mundo que no la padezca? Un área se pacifica justo cuando otras explotan con ira e inician una guerra. Este es el destino para un mundo que vive en rebelión contra Dios. Donde no hay paz en el corazón, no habrá paz en la Tierra. Solo el Príncipe de paz puede traer a nuestro mundo el tipo de paz que eliminará todo lo que alimenta la cultura bélica.

Creo que vivimos en una generación de no reprendidos. Hubo un tiempo, no hace tanto, en el que incluso en el mundo el pecado tenía límites. Había algunas cosas que avergonzaban a las personas, a nuestras comunidades y a nuestro país. ¿Hemos llegado a un punto en esta generación en la que ya nada nos avergüenza?

El pecado se ha convertido en un chiste que los humoristas mencionan en esos pozos infernales llamados clubes nocturnos. La moda de esta época es la burla. La tolerancia de estas cosas ha ido creciendo con cada generación, hasta el punto en que a la nuestra parece que no le avergüenza ya nada.

Se encuentran en esta generación las personas menos sancionadas, las más arrogantes y presuntuosas. Todo el mundo hace lo que le parece bien a sus ojos. Haz lo que quieras sin tener en cuenta a quién le moleste. Es la generación del “yo”.

El papel del pueblo de Dios del pacto

Todo lo que acabo de describir es lo que sucede entre aquellos que se denominan el pueblo de Dios del pacto. ¿Es que la Iglesia de Jesucristo ha perdido su influencia en el mundo? ¿Ya no somos una reprensión para los actos pecaminosos de nuestra cultura?

Hoy día existe una iglesia nueva, un nuevo tipo de cristianismo que se expande por todas partes. Esta nueva iglesia busca

la seguridad en una enumeración de sus virtudes. “¡Mírenme!”, dice poseída por un espíritu arrogante. En nuestro país nunca hemos visto instalaciones más grandes para las iglesias o mayor número de personas en ellas. Nunca se ha producido más actividad social que en el presente. En gran medida, las cifras nos tranquilizan. “Esa debe ser una buena iglesia: fíjate cuántos miembros tiene”; este es el tipo de razonamiento que escuchamos hoy.

Hemos caído en la trampa de los números. Por mi parte, prefiero relacionarme con un grupo reducido de creyentes que lleven vidas de santidad (siendo reprendidos por Dios en todo momento y luchando día tras día contra el pecado), que formar parte de un grupo enorme de personas a quienes les satisface su propia seguridad y basan su consuelo en la idea de que Dios debe estar de su parte porque su iglesia prospera.

La prosperidad no es la marca del pueblo de Dios del pacto. La señal del pueblo de Dios es que sus componentes admiten su pecado y lo rechazan; experimentan la reprobación de Dios y se alejan del camino que conduce a la destrucción. Debemos apartarnos del pecado y caminar por el sendero de la santidad, esa vía que las Escrituras describen como “estrecha” (Mt. 7:14). La ideología cristiana que se practica actualmente ha ensanchado tanto ese camino que es imposible que nadie vaya al infierno.

¿Qué debemos hacer?

No nos atrevamos a confiar en nuestro pasado glorioso. A muchos les gusta señalar el pasado y consolarse con el hecho de que es su herencia y su legado. Yo digo que si lo que sucedió en el pasado no se repite en el presente, no nos sirve de nada. El pasado muere con aquellos que lo formaban. No podemos vivir en el pasado ni a la sombra de su grandeza.

No nos atrevamos a mirar hacia un futuro glorioso a menos que estemos dispuestos a crear un presente glorioso. Hacer esto supone someternos, como pueblo del pacto de Dios, al escrutimi-

nio y al juicio de Dios hoy. Supone hacernos cargo de la situación y permitir que Dios haga su voluntad en nosotros y por medio de nosotros. No esperemos hasta el día del juicio final. Que ese día sea ahora. Permitamos que la Palabra del Dios vivo nos reprenda igual que permitimos que nos conforte.

La carga de la Palabra de Dios exige solo que aquellos de nosotros que somos el pueblo de Dios del pacto nos sometamos a la jurisdicción de las Escrituras, sea positiva o negativa. Cuando lo hagamos, empezaremos a vivir diariamente en el poder del Espíritu Santo a medida que la Palabra de Dios se vuelva una realidad en nosotros.

Cuando mi amigo Tom Haire se marchaba de Estados Unidos para volver a su Irlanda natal, le pregunté si pensaba volver y predicar mucho. “No”, contestó Tom, reflexivamente. “Voy a volver y me pasaré unos meses juzgándome a mí mismo mientras todavía tengo tiempo de hacer algo al respecto”.

Ahora es el momento de que nos juzguemos a nosotros mismos y permitamos que el Espíritu Santo señale las iniquidades que hay en nuestra vida, de modo que podamos enmendarlas. Para mí no hay nada más importante que equilibrar las cuentas en mi vida mientras aún tengo la oportunidad de hacer algo respecto a los errores que pueda detectar mientras la examino.

Que la mente de Cristo, mi Salvador

Kate Barclay Wilkinson (1859-1928)

Que la mente de Cristo, mi Salvador
Viva en mí de día en día,
controlando con poder y amor
lo que haga y lo que diga.

Que la Palabra de Cristo more siempre
en mi alma, hora tras hora,
y así pueda ver su triunfo
por su mano poderosa.

Que la paz de Cristo, mi Salvador,
gobierne en toda mi vida,
y así podré con su paz
confortar a quien lo necesita.

Que el amor de Jesús me llene,
como llenan las aguas el mar;
que Él crezca y que yo mengüe:
esta es victoria sin igual.

Que corra mi carrera hasta la meta,
con fuerza y valor frente al maligno,
mirando mis ojos a Jesús
mientras sigo mi camino.

Que me otorgue el don de su belleza
cuando intento al perdido ganar,
y que este no vea mi mano,
mas la suya, de amor y de paz.

